

Jóvenes y cultura política en El Salvador

Héctor Samour*

Introducción

Este pequeño artículo es el producto de mis comentarios en la presentación del libro *Jóvenes urbanos. Cultura política y democracia de posconflicto en Centroamérica. El Salvador*, producto de la investigación llevada a cabo por Mario Zetino Duarte y Larissa Brioso, bajo el patrocinio de FLACSO El Salvador.¹, una parte de la cual aparece publicada en este número de ECA.

El libro es prolífico en hallazgos sobre la realidad que viven nuestros jóvenes en el actual período de entre siglos, pero aquí me centraré en dos de ellos, los cuales, aparentemente, contradicen el tema, el propósito y las conclusiones de la investigación. No se trata de una crítica sociológica o metodológica, sino únicamente de la exposición de algunas ideas que me surgen a partir de la lectura de los novedosos, sugerentes y reveladores resultados del estudio en cuestión.

Para enmarcar mis observaciones, es necesario precisar antes algunos conceptos sobre lo que considero es cultura política y que es el punto de partida de mi exposición. En primer lugar el concepto de cultura, que siguiendo las ideas de Jacqueline Peschard, podemos definir como un “conjunto de símbolos, normas, creencias, ideales, costumbres, mitos y rituales,

* Doctor en Filosofía Iberoamericana y catedrático de la UCA. Actualmente, es el viceministro de Educación de El Salvador.

1. La presentación del libro se llevó a cabo el día el 5 de junio del presente año, y mi intervención se dio después de la amplia exposición de los resultados del estudio por parte del equipo investigador.

que se transmite de generación en generación, otorgando identidad a los miembros de una comunidad y que orienta, guía y da significado a sus distintos quehaceres sociales”².

La cultura así entendida da consistencia a una sociedad en la medida en que en ella se hallan condensadas herencias, imágenes compartidas y experiencias colectivas, que orientan las prácticas de los individuos en los distintos espacios de acción y que tienen efectos de gran alcance.

Por otro lado, la política es el espacio donde tiene lugar la organización de las relaciones del poder, es decir, el ámbito donde se define “cómo se distribuyen los bienes de una sociedad, esto es, qué le toca a cada quién, cómo y cuándo”³.

De esta forma, podemos definir la *cultura política* como la configuración subjetiva, determinada por los valores, concepciones y actitudes de un segmento o de toda la población respecto del poder.

Definidos estos conceptos, retomo el camino sobre la primera idea que voy a plantear acerca de los resultados de la investigación. Es una tesis que va en la misma lógica de los autores de la investigación en cuestión, y es que nuestra juventud actual aún *no cuenta con una cultura política*. Sin embargo, hay que señalar que todo el aparato de erudición teórico y metodológico de la investigación de FLACSO —muy bien construido, por cierto— ha sido elaborado para dar tratamiento a *una* cultura política ya formada y decantada, y muchos de los resultados son considerados como elementos constituyentes de esa cultura política identificada, pero que quizás nos están mostrando que pueden formularse conclusiones diferentes.

Desde mi lectura, y sin desestimar el trabajo realizado por los investigadores, cada una de las conclusiones del estudio me lleva a pensar *que en la actualidad no hay una cultura política entre los jóvenes en El Salvador*, lo cual es reforzado por los mismos autores cuando en varios lugares, no obstante afirmar que no es posible hacer una comparación con los jóvenes de preguerra por no existir estudios con la misma metodología, sí hacen comparaciones a hechos y prácticas que los llevan a reconocer los componentes de una cultura política existente en las prácticas de los jóvenes de preguerra. Creo que el análisis del estudio mantiene un diálogo permanente con esa realidad anterior, con esa cultura política previa existente en las últimas décadas del siglo pasado en El Salvador, análisis al que creo sentirle un leve tinte de añoranza, al usar esta cultura previa como tipo ideal de referencia para delinear y diferenciar la actual.

La segunda idea que quiero plantear es que el aspecto central del libro es *el individualismo de los jóvenes urbanos en la actualidad*, muy influenciado por el proceso de personalización o individuación en las sociedades occidentales actuales, como ha sido llamado por sociólogos y filósofos contemporáneos como Gilles Lipovetsky y Zygmunt Bauman, para no hablar de Emile Durkheim y Jean-Marie Guyau, estudiosos del individualismo moral del siglo XIX. Lo interesante es que el individualismo, aunque se detalla con bastante precisión por medio de perfiles y rasgos descriptores a lo largo de la investigación, pareciera ser un rasgo más, aislado e independiente de la cultura juvenil indagada.

1. Los jóvenes no cuentan con una cultura política

Comencemos con la idea de que nuestros actuales jóvenes aún no cuentan con una cultura política. Los resultados del estudio

2. J. Peschard. *La cultura política democrática*. Cuadernos de divulgación de la cultura democrática, n.º 2. México D. F.: Instituto Federal Electoral (IFE), en <http://www.ife.org.mx/documentos/>

3. *Ibidem*.

son aplastantes para mostrar la separación de los jóvenes de la práctica política, además de que podrían ser titulares destacados para los antiguos y nuevos medios de comunicación. Selecciono cuatro de ellos:

1. El 80 % de los jóvenes están nada o poco interesados en la política. Los investigadores califican con un “relativo” este poco interés, y se dice que responden al perfil de “individualistas”. Me pregunto si el término *interés* podría asimilarse al de *desconfianza*, pues los jóvenes participan muy activamente en otro tipo de asociaciones.
2. El 10 % de los jóvenes participa en organizaciones políticas y partidos. El dato es contundente. Entre los jóvenes, la participación directamente política no es una prioridad. El hecho de que, a dos meses de cerrarse el padrón electoral, la mayoría de jóvenes que han llegado a la edad de votar no habían obtenido aún su documento único de identidad, para realizar esta práctica central en una democracia moderna, coincide con estos hallazgos iniciales. Los jóvenes valoran la política como “adulto-céntrica”. Esto es un mensaje muy claro de desconfianza hacia la política y apuntaría a que los jóvenes se sienten excluidos en las organizaciones políticas partidarias.
3. Los jóvenes muestran una autoeficacia política. Esto significa que no desconfían de su capacidad de participación en la solución de problemas del país, pues, como ya mencioné antes, los jóvenes participan en asociaciones civiles frente a problemas o conflictos que indirectamente son políticos, como lo explico a continuación.

De acuerdo a los datos brindados por la investigación, se puede afirmar que las prácticas asociativas de los jóvenes no muestran una actividad de cultura política, ya que están

alejados de los espacios y de las relaciones estrictamente políticas, producto de una forma de ver y hacer su vida, de convivir y de actuar en la sociedad, como lo muestran otros resultados destacados en el libro. Se pueden mencionar los siguientes, por ejemplo:

1. Alto grado de asociatividad. El 70 % de los jóvenes entrevistados pertenece a algún tipo de asociación u organización no política para resolver los problemas del país.
2. Aceptan el principio básico de convivencia democrática, esto es, la igualdad de derechos de los miembros de una organización y la de todos los miembros de la sociedad. Sobre esta base aceptan construir la ciudadanía.
3. En relación a la tolerancia a la diversidad étnica y de género, los jóvenes muestran intolerancia hacia:
 - a. La diversidad de pensamiento: la investigación nos dice que los jóvenes creen que, para que una organización o la democracia del país funcione, “todos deben pensar igual”.
 - b. La homosexualidad, el lesbianismo o similares.
 - c. La protesta masiva que daña los derechos propios o de terceros. Hay formas de pronunciamiento aceptadas por ellos, como el pronunciamiento en medios de comunicación y en las concentraciones en plaza pública, pero no aceptan la organización de paros, huelgas o marchas por calles principales que impliquen manchar, dañar o tomar edificios.

Los autores de la investigación concluyen lo siguiente, sin profundizar más extensamente: “no se dibujan con claridad los espacios para

la acción política de los jóvenes”⁴. ¿Cómo entender esta conducta, esta forma de considerar y actuar en la realidad de los jóvenes, tan distinta a la de hace más de dos décadas? ¿Cómo una desviación de lo que debe ser la participación política en la construcción de la democracia? ¿Cómo una vía errada o equivocada para superar los problemas nacionales forjada en tiempos posteriores a los Acuerdos de Paz? ¿Cómo una nueva forma de ser, de saber, de lograr una convivencia social construida desde una nueva mirada del mundo, desde un nuevo momento de desarrollo del país? ¿La participación política de los jóvenes debe ser igual o similar a la de preguerra? ¿O hay que discutir más sobre si esta es una nueva forma de fortalecer la democracia y la vida política del país?

2. El individualismo de los jóvenes en la actualidad

Planteadas estas ideas, ahora abordaré el tema del individualismo al que aludí en la introducción.

La sociedad actual está marcada por una separación de la esfera pública, y a la vez una pérdida del sentido de las grandes instituciones colectivas (sociales, políticas y culturales). A través de los grandes medios de comunicación y las nuevas tecnologías de comunicación, se difunde una cultura abierta con base en una regulación *cool* de las relaciones humanas. Las fuentes tradicionales que dotaban de sentido a la vida humana —naturaleza, religión y costumbres— están hoy en crisis. Se trata de una sociedad liberal, caracterizada por el movimiento, la fluidez, la flexibilidad, más desligada que nunca de los grandes principios estructuradores de la modernidad.

La llamada postmodernidad que, desde mediados del siglo pasado, denunció el

agotamiento de las ideologías políticas de la modernidad y afirmó el culto al presente y la exaltación del hedonismo individual, ahora ya no sirve para definir con exactitud el momento actual de las sociedades liberales occidentales. Estamos en un momento histórico donde no se vislumbran a corto plazo sistemas alternativos al presente y donde el mercado ha impuesto su ley. Es el momento de lo que algunos llaman *hipermodernidad* sin oposición alguna, sin normativa o regulación y que tiene el estatus de global; un mundo caracterizado por la invasión de las nuevas tecnologías, el hiperconsumo y la modificación del concepto de cultura y de cultura política⁵.

La disgregación del mundo tradicional, dominado bajo los parámetros de la modernidad, ya no se vive ahora bajo “el lema de la emancipación, sino bajo el lema de la crispación”⁶. Es el miedo lo que arrastra y domina ante la incertidumbre del porvenir, ante la lógica de la globalización que se ejerce independientemente de los individuos, la competencia liberal exacerbada, el desarrollo desenfrenado de las tecnologías de la información, la precarización del empleo y el aumento de la pobreza y la exclusión.

¿Qué cambios han ocurrido en El Salvador cuando, en el mundo entero, la imagen —y ya no el concepto, lo narrativo— se ha convertido en la forma comunicativa más generalizada? Es un contexto en el que la “pantalla” se ha globalizado, en el que vivimos orientados hacia y por la pantalla de las tablets, de los teléfonos inteligentes, de los televisores, tanto en la vida cotidiana, como en la laboral, en la del mercado, en la vida académica. La heterogeneidad es lo más frecuente; y lo homogéneo, cada vez más rechazado.

La cultura ha cambiado en la medida en que el capitalismo, no obstante sus crisis y

4. Zetino, M. y Brioso, L. (2012). *Jóvenes urbanos. Cultura política y democracia de posconflicto en Centroamérica. El Salvador*. San Salvador: FLACSO, p. 249.

5. Cf. Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.

6. *Ibidem*, p. 27.

caos productivos y financieros, se extiende cada vez más y a velocidades insospechadas. La forma como nos representamos el mundo y como nos explicamos los distintos hechos, tanto naturales como humanos, es otra muy diferente a la de hace unas décadas. La cultura del siglo XXI se constituye, por un lado, accediendo a redes informáticas y sociales; por otro, a través del hiperconsumo, en el que ya no se busca meramente consumir para la satisfacción de necesidades básicas ni para competir ni ser reconocido por los otros, sino simplemente por el mero placer que produce. Además, la mayoría de la gente puede acceder “a la carta” a distintos medios de comunicación en este tecnocapitalismo globalizado para conocer de negocios, avances científicos, cierre de bolsas, inversiones, etc.

El clásico concepto de cultura, que diferenciaba entre lo popular y lo ilustrado, se ha desvanecido entre las redes y las nuevas tecnologías, y los campos de conocimiento se entremezclan a discreción. Ahora, la cultura es inseparable de la industria comercial y abarca todos los rincones del planeta, tiene aspiraciones concretas planetarias, independientemente del nivel económico.

En este contexto, el individuo se forma de manera distinta. La individuación se desarrolla de manera diferente respecto a los ámbitos y contextos conocidos en las décadas anteriores. Lo paradójico del nuevo individualismo, nutrido por la tecnociencia y el consumo exacerbado, es que hay un acceso “democrático” a ese tipo de consumo, al lujo de consumir lo que no se necesita y que provoca desequilibrios o equilibrios nuevos del individuo consigo mismo y con los otros. La cultura-mundo toma carta de ciudadanía global. Lo anteriormente dicho no debe pensarse como si ya no existiese la pobreza, la exclusión y la carencia en grandes segmentos de nuestras poblaciones, pero la misma forma de ver esta situación e interpretarla varía al extenderse la cultura-mundo.

Esta nueva cultura-mundo es distinta a la cultura tradicional que hizo surgir la modernidad en sus tiempos iniciales y que se asociaba con los conocimientos humanísticos. La cultura-mundo es el fin de la homogeneidad tradicional de la esfera cultural y se presenta como la universalización de la cultura industrial y comercial, conquistando las esferas de la vida social, los estilos de vida y casi todas las esferas de las actividades humanas. En esta nueva cultura, se insertan nuevos problemas con repercusiones globales tales como la ecología, el calentamiento climático, la inmigración, la crisis económica, el terrorismo, el narcotráfico, también globalizado. Lipovetsky, quien propone el término cultura-mundo, argumenta que el mundo se ha vuelto cultura y que, a su vez, la cultura se ha vuelto mundo⁷.

Pero, de nuevo, la pregunta: ¿cómo sentimos este cambio cultural en nuestro país? ¿Cómo está cambiando nuestra sociedad en la que no se vislumbran sistemas alternativos viables y donde el mercado ha impuesto su ley? ¿Cómo han cambiado nuestras formas de actuar, de comportarnos ante diversas situaciones de esta cambiante realidad, caracterizada por una hipermodernidad sin oposición alguna, sin normativa o regulación y que tiene el estatus de global, un mundo caracterizado por la invasión de las nuevas tecnologías y la modificación del concepto de cultura?

La investigación de FLACSO nos dice que nuestros jóvenes, vía los medios de comunicación, viven en esa cultura-mundo al consumir información y estar relativamente informados sobre el país y el mundo; y que tienen acceso a una variedad de datos e imágenes, a diario o semanalmente, a través de la “pantalla global”; los jóvenes tienen muchas dificultades para vivir sin esa pantalla, lo mismo que los adultos. La investigación nos dice que los jóvenes están interesados en temas económicos, políticos, espectáculos y deportes, es decir, una gran heterogeneidad de lecturas

7. Lipovetsky, G.; Serroy, J. (2010). *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*. Barcelona: Anagrama.